

LA HISTORIA

ECONOMICA Y SOCIAL

El mundo americano Precolombino.

Por HERNANDO GAITAN L.

Los eruditos e investigadores que han dedicado estudios serios y formales para tratar de dilucidar el inquietante tema de quienes fueron los constructores que erigieron los templos, palacios y pirámides que testimonian en la América precolombina un alto grado de civilización, nada han podido afirmar concretamente hasta el momento. Pero de sus planteamientos y de los documentos que dejaron testigos presen-

ciales de lo que hallaron los conquistadores en las regiones que hoy forman parte de Bolivia, Méjico, el Perú, parte de la franja centroamericana y en menor grado en Colombia, se concluye que los mismos naturales desconocían el origen de estas obras monumentales. Es posible, pero nada puede afirmarse en concreto, que los pueblos que habitaban el Nuevo Mundo a la llegada de los conquistadores iniciaban apenas una nueva cultura, y que ya con anterioridad se habían sucedido otras, que perecieron por causas desconocidas. La cultura que hallaron los europeos en Méjico, algunas regiones de la América Central, Perú y Bolivia acusaba, con todo y para esa época un notable progreso en sus manifestaciones arquitectónicas, políticas, sociales, administrativas y económicas.

Algunos investigadores de estas culturas han afirmado, basados en ciertos indicios, que las grandes pirámides erigidas por los Toltecas tuvieron lugar en el siglo IV después de Jesucristo. Según dictamen de los geólogos, en respuesta a cuestionarios formulados por arqueólogos, los restos de lava hallados al pie de la pirámide de Cuicuilco y procedentes de la erupción del volcán Xitli, contaban por lo menos ocho mil años. Conforme a esta apreciación la cultura precolombina sería mil años más antigua que las de Sumer, Babilonia, Grecia o Egipto.

A este propósito el explorador alemán Theodor Wilhelm Danzel dice al hablar de Méjico: "A veces para peculiarizar la cultura de los aztecas y de los mayas, se ha insinuado un parale-

lismo con el mundo antiguo y se ha comparado a los aztecas con los romanos y a los mayas con los griegos. Tal comparación, en conjunto, no es del todo injusta. Los mayas, efectivamente, eran un pueblo dividido en comunidades separadas y hasta enemigas entre sí, que solo se unían cuando era preciso oponerse a un enemigo común. Aunque el papel político que desempeñaron los mayas no haya revestido gran importancia, supieron crear, sin embargo, obras destacadas en cultura y arquitectura y realizaron notables progresos en astronomía y aritmética. Los aztecas, por su parte, constituían un pueblo guerrero que construyó su reino sobre los escombros del pueblo Tolteca, que no pudo resistir la violencia de su ataque. Los toltecas, si seguimos con nuestro paralelismo, pueden ser comparados con los etruscos”.

Hacia 1836 un coronel centroamericano de apellido Garlindo, comisionado oficialmente por su gobierno, inició algunas investigaciones sobre los indígenas de aquellas regiones. En su informe de comisión habló de la presencia de una arquitectura muy antigua existente en las intrincadas y casi inaccesibles selvas del Yucatán. Por algún tiempo su informe pareció caer en el olvido pues nadie se preocupó de sus investigaciones. Pero un día de 1839 aquel documento fue a parar a manos del americano John Lloyd Stephens, un devoto de antigüedades y de civilizaciones remotas. Con la decisión que le caracterizaba, se lanzó a la aventura por el mismo camino que siguiera Hernán Cortés cuando marchó de Méjico

a Honduras en 1525 por selvas y montañas, pobladas de mosquitos, plantas espinosas, terrenos húmedos y ciénagas frías. Según Cortés “en estas tierras el follaje proyecta una sombra tal que los soldados no podían distinguir donde pisaban”. Otro español, Ulloa, agregó: “Este clima consume las fuerzas del hombre y mata a las mujeres en el primer puerperio. Los bueyes enflaquecen, las vacas no dan leche, las gallinas no ponen huevos...”. Pero el éxito premió sus esfuerzos y sacrificios y un día se hallaron Stephens y sus compañeros frente a una magnífica estela, tan alta como jamás vieran ojos humanos. En su búsqueda febril fueron descubriendo más testimonios, que le hicieron exclamar entusiasmado: “He descubierto una nueva y antiquísima civilización americana. Estaban ejecutados con más gusto que los más bellos monumentos egipcios; en cuanto a valor artístico, les igualaban”. Esto afirma un hombre que había recorrido el Egipto y otros países de oriente. Su maravilloso hallazgo los compensaba de las penalidades sufridas. Un monumento que tenían a la vista, según Stephens, “dejaba ver en sus incisiones algunos restos de los vivos colores con los que fue pintado anteriormente. En su parte delantera, con el relieve muy acusado, se veía la figura de un hombre, cuyo rostro reflejaba severa solemnidad a la vez que parecía inspirar terror. Enigmáticos jeroglíficos cubrían los costados y en la parte posterior se encontraban unos relieves tan extraordinarios y magníficos como nunca se contemplaron en Europa y Oriente”.

Por lo anterior se aprecia que los mayas constituyen una excepción entre los demás pueblos que poblaban el continente americano antes de la llegada de los europeos. Ellos, a diferencia de los otros aborígenes, poseían no solo el medio directo habitual de comunicación oral, sino que disponían de la escritura, sustentada en un alfabeto que por muchos años constituyó un enigma para los investigadores. Hasta hace apenas unos pocos años, gracias al empleo de computadoras, científicos rusos partiendo de concepciones y teorías distintas de aquellas que sostenían los eruditos que los habían precedido, descifraron el misterio de los mayas y desvanecieron toda duda sobre el empleo y dominio que estos tuvieron de la escritura.

En el Perú se conservan vestigios de la civilización precolombina, constituidos por restos monumentales y ruinas impresionantes, cuya cronología exacta es difícil de precisar. Allí, las investigaciones arqueológicas han revelado que antes de los incas que presumiblemente gobernaron algo más de cuatro siglos, existieron otras culturas con expresiones propias, caracterizadas por la construcción de grandes edificios de piedra, esculturas monumentales y una muy asentada organización colectivista, enfocada hacia una intensa explotación de la tierra. Bajo esta absoluta organización social, que en varios sectores reveló un sentido comunista, el imperio alcanzó su máxima expansión y esplendor. Según el notable historiador alemán Veit Valentín, en las organizaciones sociales de los incas había

Tejidos

Leticia Ltda.

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN

BOGOTA

CALI

prescripciones sobre indumentaria, asignaciones en especie y régimen obligatorio de comidas; a los obreros manuales se les repartía la tarea y eran vigilados por inspectores; en vez de jornal en dinero recibían víveres y vestidos. Sus manifestaciones culturales, vivas y expresivas, trascendían desde la masa popular con sus huacos policromos, sus mantos y sus tejidos ceremoniales de indiscutible belleza. En el arte del tejido alcanzaron todos los niveles y su maestría se revela desde los más variados bordados hasta los más exigentes tapices, en cuyo procesamiento emplearon técnicas y tinturas apenas superadas varios siglos después por la manufactura contemporánea. No desconocían los procesos para trabajar el oro, la plata y las piedras preciosas. Pero según el mismo historiador alemán, su técnica metalúrgica era inferior a la de los chibchas y otras tribus colombinas, ya que ignoraban el dorado, la soldadura, el estirado de alambre y aún el vaciado "a la cera perdida". Agrega asimismo, que la cultura inca es la única de la América prehistórica que conocía el bronce y empleaba numerosos brazos para la producción del cobre. Sin embargo, desconocían el uso del hierro. La vida de la corte tenía un despliegue grandioso, de real y sacerdotal magnificencia. En materia de urbanística y en arquitectura habían llegado a una concepción de largo alcance y donde quiera se alzaban los templos del sol, siendo ritual la entrega al monarca de sacerdotisas y novicias. Suplían la escritura con los equijos, ramales de cuerdas con di-

versos nudos y colores, utilizados para fines estadísticos, administrativos y cronológicos. En su agricultura, difícil de realizar por las condiciones de sus suelos, aplicaron el sistema de terrazas y aún hoy día se conservan los canales, los diques, las acequias y las represas que imaginaron y llevaron a la práctica estos socialistas precolombinos. Para su dieta alimenticia y para fines de transporte, testimoniaron notables aptitudes en la crianza de la llama, la alpaca, el guanaco y la vicuña.

En la actual Bolivia, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, floreció la cultura de Tiahuanaco, por el nombre de la planicie donde se encuentra el mayor conjunto de ruinas. Estas están constituidas por obras ciclópeas cuyo tamaño y peso ha sido, es y será motivo de asombro de eruditos y profanos. Estos magníficos arquitectos y escultores emplearon para sus obras los materiales más duros: lava, pórfido y traquila, y los pulían hasta obtener superficies lisas y brillantes sobre las que esculpían bajo relieves y dibujos lineales, realizados a menudo con clavos de oro. No ha sido hasta el momento posible determinar precisamente cómo lograron transportar a grandes distancias moles de tanto peso y tamaño. Se presume que tras sus manifestaciones artísticas se esconde un pueblo rudo y guerrero, como lo sugieren sus armas, dedicado a la caza y a la pesca porque las condiciones de su suelo, impuestas por un clima impropicio, solo estimulaban el crecimiento de pastos ralos y de arbustos resecos. Hasta el siglo X

persistió esta cultura, asentada no lejos de La Paz, sobre las islas del lago Titicaca, más propiamente al sureste del mismo.

Una consecuencia del medio en que establecieron sus asentamientos los primitivos pobladores de América, es la de que todos sus utensilios y enseres testimonian ser producto del ingenio y el trabajo autóctonos. Su vestido, resultado casi siempre del aprovechamiento de pieles y cortezas de árboles y los adornos, tanto masculinos como femeninos, suscitó en ellos la creación de los más variados elementos, donde intervenían tinturas, plumas, brazaletes, diademas y despojos de animales, que los consagra como auténticos maestros de la industria textil. El intercambio sostenido, que se cumplía entre los distintos pueblos y tribus, muchos de ellos separados por grandes distancias, les implicó recurrir a todos los medios posibles de transporte y fomentó el desarrollo de estilos y tipos de habitación, donde prevaleció desde luego el influjo poderoso que imponen el territorio y el medio geográfico.

A este propósito, el especialista de asuntos indígenas, Pericot y García, formula las siguientes consideraciones: "Fundamentalmente podemos considerar dos grandes tipos de vivienda: el propio de los pueblos sedentarios y el de los pueblos nómadas; para el primero se usan con preferencia las materias de origen vegetal; para el segundo, las de origen animal, las pieles. La piedra y el adobe solo se emplearon en América en las regiones en que la cultura alcanzó un grado más perfecto".

De lo expuesto hasta el momento, es deducible que en la América precolombina se disponía de un sistema económico bastante atemperado al medio social y a las distintas zonas geográficas. Hoy se puede afirmar que los habitantes del mundo americano fueron necesariamente influenciados y consecuentes con el medio físico. Los que no fueron agricultores, vivieron de la caza y la pesca. Otros de más privilegiada condición disfrutaron de ambas alternativas. El investigador Pericot aporta nuevamente sus luces sobre el aspecto agrícola: "A la etapa agrícola no llegaron todos; en Norteamérica, las tribus atlánticas, los centroamericanos, y en Sur América los andinos y amazónicos. Estos pueblos pueden repartirse en tres grupos: los correspondientes a las llamadas áreas del maíz, de la agricultura intensiva y de la mandioca. Procedente de esta etapa agrícola es la recolección del arroz acuático, entre los Algonquinos, y otras manifestaciones parecidas que hallamos entre los pueblos cazadores. Las plantas cultivadas en América constituyen otro dato a favor de la independencia de su cultura, pues son del todo peculiares. Las dos fundamentales son el maíz y la mandioca; el primero, al parecer originado en Centro América (del maíz silvestre llamado teocentli, maíz divino, por los aztecas), comprende numerosas variedades adaptadas a las condiciones y necesidades de cada región, y su origen debe ser muy antiguo; la mandioca (manioc, cazabe) prefiere países más húmedos y de suelo arenoso, y exige una preparación para quitarle

los principios venenosos que contiene. Otras especies de cultivo muy difundido son la quina, en las altas mesetas andinas, lo mismo que la patata, la yuca, el algodón, tabaco, etc. Solo en la zona de agricultura intensiva se dedican a ella los hombres; no se pasó del cultivo de la azada, desconociéndose el arado, y en cambio, está comprobado que se practicó la irrigación (que aparece ya en las tribus pimas), así como el cultivo en terrazas, en el que sobresalieron los peruanos, y el abono (pescado, estiércol, guano de las islas Chinchas)".

Muchos de los pueblos y tribus que ocupaban la vasta zona, teatro de los descubrimientos, conquista y colonización realizados por los europeos a partir del siglo XV, practicaban la antropofagia a juzgar por los numerosos testimonios que aportaron los documentos de navegantes, viajeros, exploradores y conquistadores. Esta práctica muy común en algunos pueblos de la Polinesia, de Malasia y del interior de Africa, había contribuido a desarrollar en América otra institución practicada en el mundo entero y vinculada al proceso económico de la humanidad desde la Edad de Bronce, la esclavitud. En aquellos tiempos la posesión del precioso metal proporcionó a sus tenedores un poderío en las armas que les permitió someter al cautiverio a otros pueblos. Las pirámides, sin abundar en el tema, constituyen testimonio elocuente de la masa de esclavos que intervino en su construcción. Pero en América, mientras no se demuestre lo contrario, la esclavitud no perseguía

únicamente fines de explotación agrícola e industrial sino que introduce una nueva perspectiva a esta institución y los cautivos se convierten en elemento para proveer a la subsistencia de los afiliados y hacer ofrendas a los dioses en ceremonias que culminan en festines. Esta costumbre estaba de tal manera arraigada en la mente de los aborígenes, que los prisioneros o cautivos por medio de guerras pactadas entre los grandes pueblos que dominaban determinadas zonas, no demostraban el pánico ni la angustia que experimentan por lo general los hombres cuyo fin está definido de antemano por las instituciones de justicia o por la suerte adversa de las armas. Por el contrario, demostraban entereza y dignidad hasta el momento de ser sacrificados y cierto orgullo por las atenciones de que eran objeto durante el período transcurrido entre su cautiverio y la fecha de muerte. Desde luego, esto no puede considerarse como norma general y aplicable al caso de los pueblos caribes que organizaban expediciones o razzias sobre otras comarcas donde seguramente existían naturales que no practicaban la antropofagia.

En ciertas regiones, sin embargo, documentos de la época de la Conquista ilustran plenamente sobre las prácticas empleadas en algunos pueblos y demuestran también cómo el hombre era considerado entonces como una mercancía para realizar el intercambio de unas a otras zonas. En carta al rey dirigida por el descubridor y conquistador Vasco Núñez de Balboa desde

Santa María del Darién, se refiere a un cacique, denominado Dabaibe, en los siguientes términos: "Estos indios que cogen oro lo traen en granos como lo cogen para fundir y lo rescatan con este cacique, dáles en precio por rescate indios, mancebos y mochachos para comer e indias para que sirvan a sus mujeres... Este cacique Dabaibe tiene gran fundición de oro en su casa, tiene cient hombres que a la continua labran el oro".

Según Sylvanus G. Morley, autor de "The Ancient Maya" (California 1946), este gran pueblo poseía mercados de esclavos y definía a estos últimos con el nombre de Pentacoob. En sus relaciones comerciales los cambiaba por otros cautivos o por objetos diversos tales como almendras de cacao, cascabeles de cobre o por cuentas de jade.

En el Imperio Azteca los "Tlatlacotín" constituían el último escalón de la pirámide social, pues no gozaban de derecho alguno de ciudadanía y con respecto a sus amos, su relación, similar a la de cosas, hace pensar en los esclavos asiáticos del Mundo Antiguo.

Entre los Incas los "Mitimaes", según Cieza de León, no eran auténticos esclavos, pero la labor que tenían asignada dentro de la colectividad socialista, los colocaba también en el último peldaño y eran trasladados como rebaños de unas a otras regiones, de acuerdo a las necesidades de la producción o a los requerimientos de orden estatal, cuando quiera que se imponía la necesidad de trasplantar poblaciones o tribus rebeldes a otros sitios para repoblar estas zonas con gentes con-

formistas o más sumisas a la política económica del régimen incaico.

Antes de ocuparnos de los aborígenes que poblaban el territorio de la actual Colombia, y que desde luego serán objeto más adelante de un comentario lo más amplio posible dentro de los límites a que debemos circunscribir nuestro ensayo, debe condenarse, por erróneo, el concepto o teoría de que la historia americana se inicia con el descubrimiento en el siglo XV. Algunos de los sustentadores de semejante apreciación han sido ya rectificadas y hoy en día no les es posible negar la importancia que para la historia económica, social y cultural representan los pueblos y tribus indígenas que señoreaban la vasta extensión americana.

BIBLIOGRAFIA:

- 1) Historia de las Colonizaciones, René Sedillct.
- 2) Suramérica, Ernest Sanhaber.
- 3) Explorador Maya, Víctor Wolfgang von Hagen.
- 4) Historia de América, Diego Barros Arana.
- 5) La aventura de los primeros descubrimientos, Audacia y heroísmo de los descubrimientos modernos, Paul Herrmann.
- 6) Los indios de las Américas, John Collier.
- 7) Historia de la Cultura en la América Hispánica, Pedro Henríquez Ureña.
- 8) Historia de la esclavitud, Luis Bonilla.